

cuentra en ciento diez y nueve batallas, y el soldado batallador escribe la Historia verdadera de la conquista de Nueva España: Boscan pelea por su país, y aclimata en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Carlos V. hace versos y novelas picarescas, y escribe con dócta pluma la historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar á Carlos V. en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Tunez, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la Invencible armada, y escribe tantas comedias que nadie las ha podido contar todavía: Ercilla combate á los indios bravos en Arauco, y combatiendo escribe la Araucana: Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra y el cautivo de Argel escribe comedias y novelas originales, y asombra el mundo con su Quijote. No se podía decir aquí aquello de: *musæ silent inter arma*; pues en este país singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañon y el áspero crujir de las espadas y rodela.

La historia literaria de España en aquellos siglos representanos los tres períodos de un largo día. El crepúsculo matinal que vimos apuntando en los siglos XI. y XII. va siempre derramando mas luz hasta

el XV., para alumbrar en pleno día en el XVI. y entrar en el crepúsculo de declinacion en el XVII. Diéranos mayor pena el ver llegar la tarde de este día, si no supiésemos que las letras como el sol vuelven despues de haberse marchado á alumbrar otros hemisferios, y que si desaparecen de nuestro horizonte para ir á comunicar su luz á otras regiones de Europa, volverán á iluminarle á fines del siglo XVIII. para bañarle en el XIX. con un nuevo resplandor, de que sentimos no participar de lleno, pero que esperamos alcanzará el siglo, que ha de vivir mas que nosotros. Asi las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y asi es necesario para el progreso perfectivo de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.

XIII.

A la independiente actividad de Felipe II. sucede la sumisa indolencia de Felipe III., y el hombre á quien no habia podido dominar nadie es reemplazado por un hijo que ni piensa, ni obra, ni gobierna sino

por la voluntad de un favorito, á cuya firma ha dado el rey igual autoridad que á la suya propia. El privado es el árbitro de los empleos públicos, el repartidor de las fortunas, y su fausto eclipsa, oscurece el del monarca. A ejemplo del duque de Lerma, la nobleza abatida en los anteriores reinados abandona sus antiguos castillos y acude á ostentar sus galas en la corte. Palacios suntuosos, gran tren de carrozas, muchedumbre de mayordomos, capellanes, palafreneros, pajes y entretenidos, todo boato les parecia poco á aquellos nuevos ricos-hombres, que hacian venir tapices de Bruselas, linos de Holanda, telas de Florencia, gorros de Lombardía, capas de Inglaterra y calzado de Alemania. Dejábanse arrastrar del mismo impulso las clases medias, y á todos alcanzaba el contagio. ¿Correspondia la prosperidad del Estado al brillo de la corte?

Abrumados de impuestos los labradores, dejaban el cultivo y emigraban á la aventura, allá donde creian poder proporcionarse algun medio de vivir; provincias enteras se convertian en áridos yermos, y el viajero andaba muchas leguas sin encontrar una casa habitada ni un campo labrado. «Si este mal continúa, le decian al rey las Córtes de Madrid, pronto faltarán paisanos que labren los campos, pilotos que dirijan las naves... es imposible que dure el reino un siglo si no se pone un remedio eficaz.»—«Las casas se desploman, le decia el Consejo á su vez, y nadie

las reconstruye; las aldeas quedan abandonadas, los campos incultos....»

El Consejo proponia remedios. Que se moderen los tributos; que se revoquen las mercedes y donaciones; que los grandes se vuelvan á sus estados y empleen á los cultivadores y jornaleros; que se limite el número de religiosos de ambos sexos; que se refrene el lujo y se ponga tasa á los trages; que comience el soberano dando ejemplo por el arreglo de su casa, «pues el número de criados, le decia, y las raciones que consumen son dos terceras partes mas que en tiempo de vuestro augusto padre el Sr. Don Felipe II., cosa que merece que V. M. lo considere con reflexion y haga conciencia de ello.» Los remedios quedaron escritos.

No habia rentas, pero habia lujo: los labradores perecian, pero los grandes comian en vajilla de oro: moria la industria, pero se erigian monasterios: las aldeas se despoblaban, pero los conventos rebosaban de habitantes.

Y no por eso se renunciaba al sistema de guerra exterior de los anteriores reinados. Nuestros ejércitos eran enviados como antes á pelear en todos los paises de Europa, y nuestros marinos cruzaban todos los mares. Los arranques eran los mismos, pero las fuerzas no podian corresponder á los ánimos. Imponíanse al gigante enflaquecido los mismos esfuerzos que en los dias de su virilidad y robustez. ¿Dónde estaban

los recursos para alimentar á los soldados que batallaban? Las flotas de la India llegaban con dificultad, y dábase gracias de ver arribar algun galeon que no hubieran apresado los corsarios ingleses ú holandeses. Las que llegaban estaban anticipadamente empeñadas, é invertíanse en sostener el fausto de la córte. Un general salia por fiador del gobierno, y empeñando sus alhajas particulares lograba que los comerciantes de Cádiz le prestaran algunas sumas para ir manteniendo sus tropas. Subíanse los impuestos, pero era pedir jugo á un tronco seco y aridecido. El cuerpo social parecia de extenuacion, y le desangraban para darle vitalidad. Quísose convertir en moneda la plata de los templos, pero se opuso el clero, y faltóle fuerza al gobierno para hacerse obedecer. Se recurrió á la alteracion de la moneda, y doblándose el valor del vellon se dobló el precio de las mercancías. Se inundó el reino de moneda de cobre adulterada, y desapareció la plata y el oro. Tal era la ciencia de gobierno del duque de Lerma.

La irreflexiva espedicion á Irlanda costó una derrota y un bochorno. Y de la muerte de Isabel de Inglaterra, astuta y decidida protectora de los enemigos de la España y del catolicismo, no se sacó mas partido que un tratado de paz, que algunos años antes hubiera parecido vergonzoso, y que entonces se celebró en Madrid con regocijo.

Flandes continuaba siendo cementerio de hombres

y sima de tesoros. La toma de Ostende fué gloriosa, pero costó cerca de tres años de sitio y cincuenta mil soldados. Entretanto el de Nassau nos tomó otras plazas. La famosa tregua de doce años empezó á poner de manifiesto á los ojos de Europa la flaqueza y decadencia de España.

Pudo no obstante esta misma situacion haber redundado en bien de la monarquía, si esta hubiera estado dirigida por mas hábiles manos. En paz con Inglaterra y Holanda, garantida la de Francia por el doble matrimonio de los príncipes y princesas de ambas naciones, pudo el gobierno español, con un desahogo que no habia disfrutado en cerca de un siglo, dedicarse á restañar las profundas heridas que en el corazon del pais habian abierto las dilapidaciones de dentro y los dispendios de fuera. Pero estos fueron los momentos que escogió el monarca, aconsejado por dos arzobispos, para descargar sobre él un golpe fatal. Expidióse el edicto para la espulsion de los moriscos, y la poblacion proscripta se llevó tras sí el comercio, la agricultura y las artes. El consejo del beato Juan de Ribera pudo ser muy piadoso y muy justo, pero despobló la nacion y la dejó ruinada.

Contrastaba grandemente la guerra de armas en Italia con la guerra de intrigas en la córte. Allá se disputaba el ducado de Saboya; aqui el favoritismo del monarca. Allá Carlos Manuel despedia al embaja-

dor de España é invadía el Milanesado; aqui el de Uceda suplantaba á su mismo padre el de Lerma en el favor del débil príncipe. Allá mediaba Luis XIII. para ajustar un tratado en Pavía; aqui intervenia el padre Aliaga, confesor del rey, en los manejos de las privanzas palaciegas. Allá se formaban alianzas de príncipes italianos contra España y conjuraciones de españoles contra Venecia; aqui se fraguaban planes y se empleaban ~~afines~~ para dominar en palacio. Allá se ganaba para España la Valtelina que habia de envolverla en nuevas complicaciones; aqui se ganaba el valimiento del monarca, que poseido por Don Rodrigo Calderon habia de llevarle con el tiempo, como á otro Don Alvaro de Luna, de las gradas del trono á los escalones del cadalso. Habian vuelto los tiempos de Juan II y de Enrique IV.

Y prosiguieron todavía. Porque á la privanza infausta de Lerma y Uceda con Felipe III. substituyó la no menos funesta de Olivares con Felipe IV.

Mas embaidor que político el Conde-Duque, alucinó al pueblo y fascinó al rey. El pueblo creyó en las ofertas de un bello programa, y se dejó engañar como un enfermo desesperado que acoge las palabras de un curandero. El rey era un niño, y se enamoró de un ministro que le hacia apellidar el *Grande* mucho antes de poder serlo. Cuando el pueblo reconoció su error, no pudiendo poner remedio se limitó á murmurar, que era lo único para que le habian dejado

fuerzas los reinados anteriores: y el monarca que hubiera podido remediarlo no lo conocia.

Felipe IV. y la política de su privado trajeron á España males que aun lamenta, y compromisos de que no ha acabado de salir al cabo de dos siglos. Empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron la España. En la famosa guerra del imperio, llamada de los treinta años, no cesó Felipe de prodigar hombres y tesoros al ~~empereador~~. Iban nuestros soldados á vencer en Praga, para ser vencidos despues en Estremoz y Villaviciosa. Triunfaban á quinientas leguas de distancia para dar á Fernando de Austria la corona de Bohemia, y cuando tuvieron que pelear dentro de España eran ya un ejército debilitado que dejaba perder el Portugal. Arrojabán del imperio al Elector Palatino y dominaban el Rhin, para no poder defender mas adelante las fronteras de Francia y tener que ceder el Rosellon. Luchaban con su acostumbrada bravura allá en Alsacia, en la Suabia y la Baviera, contra el rhingrave Othon, contra el landgrave de Hesse y contra el terrible Gustavo de Suecia; eran degollados en Oppenheim, triunfaban en Lutzen, perecian helados en los Alpes y ganaban laureles en Norlinga: sufrían reveses y alcanzaban triunfos en lejanas tierras y por ajenas causas; y cuando hubo necesidad de defender el reino, invadido por los vecinos ó alterado por los naturales, faltaron ya fuerzas para ello: habíase gastado la vida en climas y en empresas estrañas.

La guerra con Holanda, emprendida de nuevo al espirar la tregua de los doce años, hubiera podido justificarse si hubiera podido sostenerse. Pero á pesar del arrojo de nuestros soldados, que allí, como en todas partes, vencian y triunfaban, pero no dominaban; á pesar de los talentos militares de Espínola, de la proteccion del emperador, y de los refuerzos sacados de Alemania para atender á aquellos países, hubo de resignarse á reconocer definitivamente la independencia de la República, y á cederle las conquistas hechas en América y en la India. Triste resultado de ochenta años de lucha, tan dispendiosa en hombres como en dinero. La tregua de doce años habia sido el indicio de nuestra debilidad; el tratado de Westfalia lo fué de nuestra impotencia.

Cierto que fué una fatalidad el que se hubiera levantado contra España un genio tan activo, tan político y tan sagaz como el ministro de Luis XIII. No pudiendo sufrir el cardenal de Richelieu ni el engrandecimiento amenazador de la casa de Austria ni la arrogancia del gobierno español, dedicado á alentar á los que ya eran enemigos y á suscitar otros nuevos á los gabinetes de Madrid y de Viena, la política y las armas francesas encendieron la guerra donde estaba apagada, y aviváronla donde estaba ya encendida, y en tan general conflagracion no era posible que dejara de sufrir la España grandes catástrofes. La nacion que tenia sus guerreros desparramados por

toda Europa y por todos los mares vió su propio territorio invadido por ejércitos estraños. Los franceses se atrevieron á penetrar en Guipuzcoa y en Cataluña. No tenia Richelieu mejor auxiliar que la política del Conde-Duque. Parecia obrar de concierto.

Creciendo con los reveses del reino la altanería del valido, apuraba á un tiempo los recursos y la paciencia del pueblo. Estalló con esplosion la mina del despecho en la provincia ~~de los~~ sufrida, en la mas celosa de sus fueros, y tambien la mas ofendida y hostigada. La insurreccion de Cataluña con sus terribles bandas de segadores, con sus horribles matanzas y sus venganzas sangrientas, fué un feliz acontecimiento para Richelieu y los franceses, y la imprudente política de Olivares convirtió en guerra larga y formal lo que hubiera podido ser un arranque momentáneo de enojo. Reprodujéronse las escenas de los tiempos de Juan II. de Aragon, y aun fueron mas adelante, porque Luis XIII. nombrado conde de Barcelona, pudo llamarse algun tiempo rey de Francia y de Cataluña. Esta provincia volvió á ser española, pero el Rosellon y la Cerdaña allá se quedaron para no mas volver.

Todo era desastres. Portugal oprimido y vejado, se levanta tambien, encuentra ocasion de sacudir la dependencia de Castilla, y la dominadora del orbe es impotente á evitar la desmembracion de una provincia suya. ¿Qué importa que no se reconozca